

briaguez, ¿a **quién** se le pueden prohibir? La equitacion, la natacion, la caza, sin vicio, los juegos de cartas **que** son decentes y en que no se expone cantidad notable, como el que se llama tresillo, ¿**qué** mal pueden ocasionar? Al contrario, pueden **ser** estas diversiones ocasion muy oportuna **para** atraer a un extraviado, retraerlo de la maldad, ganarle su confianza, inspirarle simpatía, **y** de esta y otras maneras facilitar, allanar **y** **abreviar** el camino de su conversion a mejores **ideas** y costumbres.

Así es como se **entiende** que los placeres lícitos, los juegos **inocentes**, las diversiones permitidas pueden ser **vehículos** utilísimos, no solo para apartar a los **hombres** del mal, sino aun para hacerlos **venir** voluntaria y dulcemente al bien. Así lo **entienden** los buenos padres de familia; así los superiores prudentes; así las autoridades verdaderamente liberales y por lo mismo cristianas. Así, en fin, deben comprenderlo los propagadores de la moral, a quienes una y mil veces se recomienda que no la hagan insoportable por intolerancia, por rigidez, por imprudencia, **ó** por un celo farisaico.

PARTE TERCERA

DE LAS CLASES DE PERSONAS ENTRE QUIENES SE PUEDE Y DEBE PROPAGAR LA MORAL CATÓLICA.

CAPITULO I.

LOS NIÑOS.

Es necesario no ser cruel al juzgar a nuestra pobre humanidad. Es verdad que son muchas y fuertes las inclinaciones al mal. Es evidente que entre los hombres abunda mas la mentira que la verdad, la injusticia que la equidad, el capricho que la razon, y el vicio que la virtud. Pero seamos misericordiosos con nuestros hermanos y con nosotros mismos. La naturaleza humana nunca ha perdido los rasgos de la imágen divina que se le imprimió en la creacion; siempre ha conservado y conserva con su

racionalidad las nobles tendencias, que mal dirigidas y viciadas, se convierten en orgullo, ambición y altanería; siempre arde en el pecho del hombre aquella santa antorcha que se llama *conciencia*; siempre se ve en el perverso y extraviado, que pudo y puede aun ser bueno si se le enseña, se le ejemplariza, se amonesta, se corrige, se atrae, se le dan esperanzas ó se le aterra con castigos. La prueba mejor y mas conveniente de la nobleza de la humanidad, nunca del todo perdida, son los niños.

Sean de la clase que fueren, casi generalmente son humildes, tímidos, respetuosos, amantes de sus padres, vergonzosos, y muchos de ellos, dóciles y serviciales. De ordinario no conocen la ambición, la avaricia, la impureza, si no es que algun malvado los escandaliza y malenseña. Su inocencia los hace amables, interesantes y simpáticos. Sus pasioncillas se corrigen fácilmente si hay discrecion, oportunidad, suavidad y constancia para tratarlos. En el amor a la madre y el temor del padre existe un poderoso resorte para hacer de ellos lo que se quiere. Si los maestros son por ellos aborrecidos, es a causa del rigor, de la imprudencia, de la indiscrecion y de la indiferencia con que son tratados. Si se reservan de los padres, es porque estos no saben ó no quieren inspirarles la confianza de amigos;

si buscan las malas compañías, se debe a que no se les proporcionan inocentes diversiones y útiles ocupaciones en su casa. Si se pierden y se extravían, siempre es por malos amigos, por peores ejemplos, por duros tratamientos ó por falta de prudentes correcciones. No culpemos de todo a las malas inclinaciones.

El hombre es, por lo comun, toda su vida lo que ha sido en su niñez. Podrá salirse de la línea recta de la virtud que se le hizo practicar en los primeros años; pero dándole Dios vida y un poco de talento, él volverá a sus principios. De esta verdad es la mejor prueba la experiencia. Por lo mismo, es sumamente importante moralizar a la infancia; y si esto llegara a conseguirse plenamente en nuestra sociedad, grandes esperanzas podriamos concebir de una completa y universal reforma. Por desgracia, se procura todo lo contrario, estorbando, impidiendo y dificultando la educacion é instruccion religiosa de la niñez. ¿Qué porvenir se prepara a nuestra pobre patria, ya tan escandalizada y corrompida, a causa de la falta de educacion y de moral cristiana? El hombre que no tema a Dios, ¿a quién temará? El que huella las leyes divinas, ¿qué hará con las humanas?

A los niños, pues, se debe inspirar, desde los primeros indicios de su capacidad, el temor san-

to y dulce del Señor y el mayor horror al pecado; esto es, a la impureza, a la venganza, al hurto, a la mentira, a la cólera, a la pereza, a la envidia y a todas aquellas pasiones que madrugan para apoderarse del corazón del hombre, entronizarse en él y tiranizarlo después. Es necesario aprovechar la blandura infantil para imprimirle con suavidad, pero profundamente, sentimientos nobles y virtuosos, que, si es posible, jamás se lleguen a borrar. La omisión y el abandono en este punto, especialmente en los padres y maestros, no puede menos que ser muy culpable y aun criminal; y para los primeros son muy amargas las consecuencias, porque con esta conducta siembran espinas que muy pronto vienen a punzar cruelmente su corazón.

Es indispensable, no solo que los niños aprendan de memoria y comprendan los misterios y dogmas de nuestra santa religión, sino también las obligaciones y deberes cristianos, haciéndoles formar de ellos ideas justas y exactas, y precaviendo, sobre todo, que su espíritu se desaliente pensando que son difíciles ó impracticables. Las lecturas históricas que son las más amenas, las anécdotas morales, las fábulas, las buenas poesías, al mismo tiempo que cultivan sus potencias, van, sin sentirlo, formando el corazón y haciendo al niño sentar reglas acertadas y conve-

nientes acerca de las costumbres. Ninguno debe negarse a satisfacer las preguntas inocentes de un niño curioso y deseoso de saber, como ninguno debe escasearle los consejos y advertencias oportunas y convenientes.

El propagador avive su celo en favor de los niños, particularmente de aquellos a quienes la falta de fortuna, el abandono de sus padres, los malos ejemplos de sus mayores y la rudeza en que se crían, los hacen más desgraciados por menos instruidos y sensibles. La caridad sugerirá excelentes medios con que alcanzar tan noble fin.

CAPITULO II.

LOS JÓVENES.

Edad rodeada de peligros, edad de las fuertes impresiones, edad en que las pasiones brotan con ímpetu, en que la razón no basta para el bien y sobra el instinto para el mal. Edad casi en todos decisiva del porvenir del hombre, porque en la juventud elige su carrera, profesión ú oficio, si no es que nada elige, y esto es

lo peor. En estos años primeros el que deja de ser niño comienza a saborear las dañosas primicias de libertad; escoge sus amigos; se disgusta de la devocion y la piedad; se avergüenza de los actos religiosos; rehusa el llegar a los sacramentos; se cree suficiente a sí mismo; se exaspera con la correccion; busca malos ejemplos que lo autoricen; se queja de las contradicciones paternas que lo limitan y contienen; se deja poseer de la vanidad, y no queriendo ser ménos que ninguno de sus compañeros, aun en la maldad, se expone temeraria y ciegamente a una perdicion que no teme, ó que tiene por una amenaza infundada de aquellos a quienes aborrece porque lo adoctrinan y corrigen.

Pero aquí, sin pensarlo ni quererlo, hemos trazado en breves rasgos el perfil de un jóven mal inclinado. Alguno verá en ello su retrato. Veamos lo que es y puede y debe ser un jóven cristiano. Creciendo en él con los años el amor a sus padres y superiores, desarrollándose con la edad el temor santo del Señor, esclareciéndose su razon y su juicio con sus mismos estudios, las impresiones primeras para él son dulces y hermosas. Crecer el talento y el saber como una bella planta, sin que a su lado crezcan la maleza y las espinas de la corrupcion; aumentarse la ciencia al lado y sin pérdida

alguna de la inocencia, es lo mas encantador que se pueda desear en esta edad, la mas llevadera de la vida, siempre amarga del hombre. Sobre base tan sólida y tan amplia se edifica la obra de la virtud. La religiosidad juvenil es la mas atractiva por extraña. La obediencia y la docilidad cautivan los corazones. La eleccion de amigos muy escogidos, pocos y buenos, revela un talento y un juicio muy privilegiado. La aplicacion al estudio y al trabajo y la noble indiferencia para la moda y las pretensiones, descubren al hombre grande del porvenir. Se podrá resistir a la exhortacion y buen ejemplo de un hombre maduro ó de un anciano; pero ¿quién podrá resistir a la muda reprension y a la sábia y tímida advertencia de un jóven virtuoso?

¡Pobre juventud, expuesta a la orfandad, a la seduccion, a la vanidad de los proyectos, a los desengaños que no tienen remedio y a los vicios que llegan a hacerse incurables y a consumirla! ¿No encontrarás una mano que te salve del extravío, una luz que te alumbre en la oscuridad, un apoyo que te sostenga en el tropiezo, un remedio que te cure de las primeras heridas, un práctico que te conduzca hasta llegar al puerto de la virilidad experta y bien cimentada en la moral? Sí, sin duda; todo lo hallarás en la caridad y la caridad, celo, empeño y dis-

crecion del propagador. Porque este cristiano conoce que no puede serlo para sí solo, sino que está obligado a hacer en sus prójimos todo el bien posible, con tanto mayor empeño, cuanto es mas grande la necesidad.

En efecto, el jóven necesita, más que nadie, de un gobierno suave, pero ajustado; prudente, pero firme para dirigir sus pasos inciertos en este tramo de la vida. La amistad sincera y cristiana, el ejemplo de sus coetáneos, el amor y cariño maternal tienen una grande influencia sobre un corazon impresionable y que por la misma poca edad no se ha endurecido en el vicio. La inconstancia, la inclinacion al placer, la falta de atenciones sérias, la ausencia de graves cuidados, la alegría y buen humor de la edad; todo esto, es verdad, retrae a los jóvenes del ejercicio de la piedad, del valor necesario para las privaciones voluntarias y de la indispensable severidad de una vida arreglada y cristiana; pero la compañía constante de un buen amigo, que léjos de hacerse fastidioso, sabe hacerse hasta necesario; los consejos indirectos dados a tiempo, las condescendencias inculpables y otros mil recursos que sabe arbitrar la caridad, son muy favorables elementos para conducir a la juventud por buenos senderos, aprovechando sus mismos nobles bríos para hacer de ella el

ornato de la sociedad cristiana, la delicia de sus padres, la esperanza de la patria y el honor de la virtud y de la religion.

Si un jóven bien instruido en la doctrina cristiana y firme en la moral católica, se propone ser su propagador, no hay palabras con que ponderar el mucho bien que puede hacer en beneficio de sus prójimos y suyo. La salud, la energía, la discrecion, la actividad propias de sus años, le facilitarán los trabajos y fatigas, le apartarán todos los obstáculos, le abrirán todas las puertas y caminos, y para sus compañeros de colegio, de taller, de almacén, de comercio ó de lo que fuere, él será un ángel de paz, un bello modelo de buenas costumbres, un ejemplar que propongan para imitacion los padres a sus hijos, una persona amable para todo el mundo, que sepa despreciar las burlas de los malos, y que tampoco busca, aunque no desprecia, los aplausos de los buenos.

CAPITULO III.

LOS IGNORANTES.

Desde que el mundo es mundo ha venido la filosofia cambiando de nombres, de sistemas y

de doctrinas mas ó ménos desacertadas, para llegar a alcanzar la felicidad, el bienestar ó la bienaventuranza terrena. ¡Vanos trabajos! Los gentiles, no es extraño que buscaran estos bienes fuera de Dios; y con todo, muchos de ellos, como Sócrates, Platon y Séneca, hicieron consistir la bienaventuranza en la virtud. Los cristianos, ¿en dónde podian ni debian encontrar estos bienes, sino en la ciencia, en el conocimiento, en el respeto y en el amor a Dios, cuyo temor es el único principio de la verdadera sabiduría? Pero no la han buscado por estos caminos, ni en todos los tiempos, ni en todos los lugares. Por esto la ignorancia, especialmente en los países cristianos, se ha identificado con la inmoralidad, y ambas han producido necesariamente la injusticia, la iniquidad, la anarquía, y el imperio absoluto y despótico de las pasiones mas furiosas. Esta es la ignorancia de las verdades y de las leyes cristianas.

No siempre quebranta el hombre los preceptos divinos y sus deberes por sus malas inclinaciones; muchas veces es debida su corrupcion a su rudeza y a su olvido; y bien lo prueban las notables y numerosas conversiones, que fuera de la gracia, que es su principal origen, han resultado del simple estudio de nuestra religion ó de la lectura de un catecismo. Si los protes-

tantes no se apoyaran en los dichos de sus ascendientes, y con alguna despreocupacion y cuidado estudiaran nuestra religion y la suya, no culpando a la Iglesia de lo que ella misma condena, sin temeridad podria asegurarse, que no habria uno solo que perseverara en sus errores, porque el simple estudio de su religion le haria despreciarla: ¿qué diria, si desapasionadamente la confrontase con la nuestra, leyendo a los controversistas católicos? La ignorancia no es la herencia exclusiva de los rústicos, los pobres y los niños. Participan, y mucho, de ella las gentes que en nuestro siglo y en nuestra sociedad se llaman cultas. Por esto en algunas novelas se ven acriminadas, como las más perwersas máximas, doctrinas que son muy evangélicas. Por esto un periódico de nuestros tiempos increpó terriblemente y acusó a un predicador, que fué juzgado por haber hablado del desprecio con que el cristiano debe verse a sí mismo. ¡Tanto así se ha materializado nuestra época! Hasta escandalizados se muestran, ó se fingen muchos al leer los libros piadosos, al saber las preguntas de los confesores, al oír los consejos de los oradores cristianos, al imponerse de las declaraciones ó las decisiones de los Pontífices y al ver que los sacerdotes se sujetan de preferencia a las leyes divinas y canónicas

y a la obediencia de sus obispos. ¿De dónde nacen tantas aberraciones y tan inconsecuentes, sino de la mas criminal ignorancia?

En las clases mas bajas é infelices hay mucho idiotismo; pero como no se mezcla con el orgullo, que caracteriza a los cultos necios, es mas remediable, cuanto es ménos voluntario. En ellas precede de falta de potencias ó del uso de ellas, y de la ausencia de doctrina, porque son muy pocos los que se dedican a partir el pan a estos pequeñuelos que fallecen de hambre. Entre estas pobres gentes, a quienes consideran los proselitistas protestantes, como campos eriazos, siembran ellos sus groseros errores y reparten biblias, Nuevos Testamentos y pequeños libros llenos de disparates. ¡Qué torpes! ¡No consideran que en nuestro país no leen, no digo los pobres artesanos y labriegos, pero ni los que se llaman ilustrados y cultos? A pesar de esto, pueden causar y causan en efecto mucho mal en algunos, llevados del espíritu de novedad, y más que todo, del odio a la religion y a los sacerdotes. Por eso es necesario estimular y advertir aquí en breves palabras al propagador.

Si los ignorantes son niños, la enseñanza debe ser de palabra; y para que ésta sea provechosa, debe ser sencilla y clara, aun a costa del idioma. Debe limitarse el que enseña a aquellas ver-

dades y máximas mas necesarias; midiendo siempre la dificultad de comprender, de retener y de repetir la doctrina. Débese estimular a la niñez con premios que halaguen su gusto, sin desdeñar los juguetes y los dulces; nunca reprimir ni corregir con amargura y rigor, y aplaudir lo que los chicos aprenden ó repitan bien. Casi en el mismo caso se encuentran los desgraciados que no saben leer, aunque sean grandes, a quienes se debe tambien atraer con regalos propios de su edad y de su clase.

Si los ignorantes son mayores y capaces de leer, se les deben proporcionar libros acomodados a sus cortos conocimientos; como los preciosos catecismos que hay de doctrina cristiana; y es muy recomendable el de las Escuelas Pías, como la explicacion de los Mandamientos por San Alfonso Ligorio.

Así, segun las circunstancias obrará el propagador, enderezando su celo con el buen consejo de los compañeros mas ilustrados, del párroco ó del que se tiene por centro. Teniendo siempre por base firme de sus procedimientos, la paciencia y la constancia, unidas a la buena intencion. Un filósofo (Caton), dijo: "más tiene que sufrir un sabio entre muchos necios, que un necio entre muchos sabios," porque estos son precisamente tolerantes y prudentes. Séan-

lo así los buenos propagadores, y combatan la ignorancia en todas las personas que les sea posible instruir, extendiendo por todas partes la ciencia del Señor.

CAPITULO IV.

LOS POBRES.

Lo que el mundo llama fortuna, el cristiano debe llamar Providencia; porque solo la de Dios hace ó permite que unos sean pobres y otros ricos. Aquellos a quienes permite ó tolera que se hagan ricos con la usura, el peculado ú otros medios inicuos, no tienen recurso alguno para escapar de la sentencia de Jesucristo, que dice: *Es mas fácil que un cable éntre por el ojo de una aguja, que el que un rico éntre por la puerta del cielo.* Los que se han hecho pobres por sus vicios, como la pereza, el juego, la prodigalidad; lo son doblemente, porque la sociedad los juzga indignos de compasion y de socorro. Los que por nacimiento ó por desgracias inculpables, han vivido ó caído en la indigencia, están expuestos a ciertas pasiones crueles y ruines, como la en-

vidia, el odio y la venganza. El caso es, que todos los pobres son muy dignos de lástima y muy acreedores a la caridad del propagador, quien de la misma pobreza puede sacar grandes ventajas en favor de la moral.

Dícese en las sangrientas conversaciones del mundo: "Don N*** ha quebrado en su establecimiento ó comercio, y ha tomado iglesia; se ha metido a santo para librarse de sus acreedores ó causarles compasion." ¿Por qué hemos de ser tan duros con nuestros hermanos, que echemos a mala parte hasta sus mas rectas intenciones? El que por su desgracia ó por su culpa, cayendo en la pobreza experimenta la ingratitude y el desprecio de aquellos mismos que lo adulan ó se aprovecharon de sus prodigalidades, ¿qué extraño es que busque en la religion, en la virtud, en la piedad, consuelos verdaderos y sólidos, a su espíritu tristemente desengañado de la falsedad y vanidades del mundo? Dios, con su sabiduría infinita, reduce a muchos a la pobreza y a la necesidad, para que, domado el orgullo y removidos los inconvenientes, el alma se vuelva mas fácil y prontamente a la virtud. La experiencia de todos los dias nos confirma en esta creencia. Así, la pobreza es para muchos como el temperamento de salvacion; la riqueza es para otros el motivo de su condenacion eterna.

El pobre, que siempre lo haya sido, ó que comience a serlo por las vicisitudes humanas, aceptando con resignacion sus trabajos, llegará a amar la escasez y la necesidad, y por este camino a hacerse digno de la bendicion promulgada por el Salvador: "*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Por el contrario, dice Santiago: *Aullad, ricos, en vuestras miserias;* sin duda, porque la avaricia humana jamas se sacia. En consecuencia, los pobres necesitan el consuelo, el consejo, el socorro, toda la compasion del propagador; y éste encontrará en los pobres ancho y fértil campo, y tierra bien preparada por el arado de la pena, para sembrar la preciosa semilla de la moral católica.

Yo no quisiera hacer mencion de aquellos pobres que, habiéndolo perdido todo, ó no habiendo tenido nada, solo tienen ó conservan una soberbia mas infundada que la de los ricos. El pobre soberbio es la abominacion para el Espíritu Santo. Tampoco quisiera fijar la atencion en que la pobreza en nuestra República, es en su mayor parte originada de la imprevision, del ocio, del orgullo con que se dejan los destinos ó empleos, y de la ambicion con que se quiere vivir de ellos y no de trabajos mentales, profesionales ó mecánicos; pero el propagador a na-

die debe excluir de la benéfica accion de su celo, ni ser ménos caritativo con el culpado que con el inocente; ántes bien, considerar a aquel mucho mas necesitado que éste.

Estimular al trabajo al perezoso; aconsejar la constancia al delicado y poco sufrido; industrializar al ignorante y rutinero; inventar hábilmente trabajo productivo al que no lo tiene; proporcionar recursos, alimentos, vestidos a los que no pueden adquirirlos; excitar la caridad de los poderosos; hacer ingeniosamente mas positiva, duradera y extensa la misericordia y liberalidad de los ricos; en fin, aprovechar su talento, su habilidad, sus amistades, sus relaciones, su experiencia, su actividad; todo con el fin de hacerse útil a los pobres: ¿solo para ejercitar la caridad? Sí; pero difundiendo por todas partes la moral, haciéndose capaz de aconsejar a los necesitados la mudanza de la vida, el abandono de los vicios, la frecuencia de los Sacramentos, el ejercicio; y por último, la práctica de todas las virtudes cristianas.

Este será el mejor y verdadero socorro que se pueda proporcionar a los que se tienen por desgraciados; y ciertamente no lo son, si saben sobrellevar sus trabajos, ofreciéndolos a Dios como la mejor penitencia de sus pecados; despreciando a su vez a un mundo que los despre-

cia; imitando a Aquel que, siendo el Criador y dueño de todas las cosas, quiso ser pobre y trabajar corporalmente para ganar un grosero y mezquino alimento. ¡Dichosos los pobres resignados! ¡Dichosos los pobres voluntarios y por eleccion! Pero, ¡desgraciados los que se vuelven contra Dios y sus prójimos, a causa de la pobreza! Estos infelices tendrán dos infiernos.

CAPITULO V.

LAS GENTES DEL CAMPO.

Estas gentes, en el órden temporal, son mas felices que los ricos y poderosos cortesanos. Acostumbrados a la soledad y a la monotonía de la vida, están libres de mil necesidades facticias y caprichosas de los que viven en ciudades. Sin los deseos de placeres y diversiones, se ocupan de un trabajo siempre igual, que les hace pasar sus dias en paz. Léjos del bullicio, de la política y de las modas, ni se afligen por los escándalos que no llegan a sus oídos, ni se sacrifican por gastos dispendiosos, ni se inquie-

tan por las revoluciones, si no es cuando las gentes de armas van a molestarlas, vejarlas ó robarlas, lo que por desgracia sucede con frecuencia. Mil ocasiones de pecar y mil peligros de conciencia, no son para las gentes del campo y de las aldeas. Por estas y otras razones se facilita el poder propagar entre ellos la moral verdaderamente católica, porque bien lo necesitan.

No es gran virtud dejar de hacer el mal, y mucho ménos meritorio es dejar de hacer algunos males. Hay tambien vicios en el campo. La incontinencia, el perjuicio mútuo, la murmuracion, la vida abandonada, y particularmente la infraccion de los preceptos de la Iglesia y la ignorancia de la doctrina cristiana. Son muy raras en los pueblos las personas que guardan religiosamente los dias festivos, dando los mas por excusa que no hay en dónde ni en qué divertirse. Más raros son todavia los que saben cuándo y cómo se debe ayunar; de qué manera se debe administrar el bautismo en caso de necesidad; é ignorando los Misterios principales de nuestra santa religion, se pierden estas almas sencillas, que en la humildad de su fortuna y de su situacion, poseen tantos elementos para salvarse, libertándose de la inmoralidad.